

Marta Barrio

LEÑA MENUDA

colección andanzas

PREMIO
TUSQUETS
EDITORES DE NOVELA



TUSQUETS
EDITORES

LEÑA MENUDA


colección andanzas

MARTA BARRIO
LEÑA MENUDA

El pasado septiembre de 2021, un jurado integrado por Almudena Grandes, en calidad de presidenta, Antonio Orejudo, Eva Cosculluela, Bárbara Blasco, ganadora de la anterior convocatoria, y Juan Cerezo, en representación de la editorial, otorgó por unanimidad a esta obra de Marta Barrio el XVII Premio Tusquets Editores de Novela.

PREMIO
TUSQUETS
EDITORES DE NOVELA



Barrio, Marta

Leña menuda / Marta Barrio. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :

Tusquets Editores, 2021.

320 p. ; 22 x 15 cm.

ISBN 978-987-670-691-9

1. Literatura Española. 2. Narrativa Española. I. Título.

CDD 863

1.^a edición: diciembre de 2021

El Premio Tusquets Editores de Novela ha sido patrocinado por el Fondo Antonio López Lamadrid constituido en la Fundación José Manuel Lara

© Marta Barrio, 2021

Tusquets Editores, S.A. – Av. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona

www.tusquetseditores.com

Diseño de la colección: Guillemot-Navares

Derechos reservados de esta edición

© 2021, Tusquets Editores S.A.

Av. Independencia 1682 - C1100ABQ - C.A.B.A.

info@tusquets.com.ar

ISBN: 978-987-670-691-9

2.500 ejemplares

Impreso en Primera Clase,

California 1231, Ciudad Autónoma de Buenos Aires,

en el mes de noviembre de 2021

Hecho el depósito que previene la Ley 11.723

Impreso en Argentina - Printed in Argentina

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446 de la República Argentina.

Índice

I. La línea de deseo	13
II. Luciérnagas	43
III. Pictogramas	109
IV. Estrella fugaz	181
V. De tartas de limón, plantas secas y bellas durmientes	227
VI. El petirrojo y la serpiente	281

I

La línea de deseo

MARÍA: No me preguntes. ¿No has tenido nunca
un pájaro vivo apretado en la mano?

YERMA: Sí.

MARÍA: Pues lo mismo..., pero por dentro de la
sangre.

FEDERICO GARCÍA LORCA, *Yerma*

Mi miedo era muy concreto; sus ramas, por el
contrario, retorcidas y de límites imprecisos.

KATIXA AGIRRE, *Las madres no*

Cuando se dibujaron las dos rayas azules en la prueba de embarazo, me sentí adulta, de repente, casi por primera vez. A. me abrazó, íbamos a ser padres y nada haría mella en nuestra felicidad. Entre carcajadas, empezamos a enumerar nombres absurdos o frikis, de niño y de niña. Abilio. Padme. Facunda. Songoku. Pancraccio. Yoda. Urraca. Bilbo. Gumersindo. Frodo. Aniceta. Gandalf. Primitivo. Amidala. Fulgencia. Obiwan. Godofredo. Cersei. Socorro.

Me tocaba constantemente la tripa para palpar aquel mundo secreto dentro de mí, del que solamente A. tenía constancia, en donde anidaba un ser misterioso que iría creciendo en las semanas siguientes hasta superar el tamaño de una semilla de amapola, de sésamo, un grano de arroz, un arándano y una frambuesa, según una aplicación

de mi móvil que consultaba a todas horas. También podía elegir comparar su tamaño con el de un animal en lugar de una fruta: oso de agua, hormiga, mariquita, abeja, gusano de seda...

Me habían advertido del riesgo de aborto espontáneo del primer trimestre, y yo trataba mi cuerpo con delicadeza, como si fuera una vasija de fino cristal, siempre a punto de quebrarse. Mi vientre era un cofre que encerraba un precioso tesoro. En esos primeros días del verano, latía en mi interior un futuro insospechado, la promesa de una alegría inquebrantable.

Durante el mes de agosto, en las que iban a ser nuestras últimas vacaciones los dos solos, fuimos a las islas Eolias. En Vulcano, donde tenía su fragua el dios del fuego, me tapé la nariz y la boca con un pañuelo al asomarme al cráter humeante, y pensé en la lava oculta bajo la corteza terrestre, en lo durmiente, lo que se gesta. Los cristales del azufre teñían de amarillo las laderas, y sus vapores olían a huevos podridos. Al bajar, me entraron náuseas y vomité a los pies del volcán. Aquel hedor infernal impregnó nuestras ropas y nos persiguió durante el resto del viaje.

Después del verano, según mi embrión iba alcanzando, sucesivamente, el tamaño de una uva, un dátil y un higo, o un caracol, una mariposa y una libélula, me sentía cada vez más cansada. Al volver del trabajo, me detenía en uno de los bancos del parque para observar a las mujeres con niños pequeños, quienes acababan de empezar el colegio. Quería aprender sus gestos, descifrar esos detalles que distinguen a una buena madre, hornear bizcochos de zanahoria con harina de espelta y leer cuentos por las noches. Todo me apetecía: conocer la ternura del recién nacido, hacer manualidades y pintar con ceras en cartulinas, empujar el columpio con la fuerza justa, saltar a la comba, jugar a la pelota y a las damas... Sabía que también habría noches en vela y fiebre y vómitos y visitas a urgencias de madrugada, pero era parte del trato.

Me preguntaba por el paradero de los padres. ¿Dónde se esconderían? La proporción en los parques por las tardes entre semana era muy desigual: veía a madres o abuelas o niñeras... Muchas mujeres, en todo caso, y pocos hombres. También me tocaría a mí recoger a nuestro hijo de la escuela. No podría contar con A. más que los fines de semana, y mi suegra era mayor y mi madre demasiado inconstante. Mi suegro no había cambiado nunca pañales, y no aprendería a estas alturas, y mi padre ya tenía suficiente con atender a sus gemelos. Mis amigas se podrían ofrecer a hacer de canguro, pero a la hora de la verdad estarían ocupadas con otras cosas, y no las culpaba.

No era buen momento. En realidad, nunca lo sería. Siempre habría alguna excusa, algún impedimento que se interpusiera en el camino. Deseaba ser una madre leona, lamer a mi cachorro de arriba abajo para limpiarlo y respirar su olor.

Con la maternidad, no obstante, seguramente se esfumasen todas mis posibilidades de ser publicada algún día, de crear algo que mereciese la pena compartir, si es que era capaz de ello. ¿Cómo iba a sacar adelante mis proyectos narrativos con la doble jornada laboral, dentro y fuera de casa,

que tendría que asumir debido a los horarios de A.? ¿Qué fuerzas me quedarían para la creación?

Por otra parte, había participado en certámenes literarios sin llegar nunca a ser premiada. Quizás no fuera lo suficientemente buena, a pesar de lo que aseguraba mi profesora de literatura de primero de bachillerato. O tal vez la falta de tiempo y de espacio me forzasen a dejar de procrastinar, y le robaría horas a la noche, convertida la escritura en una actividad clandestina y por tanto más deseada.

Llevaba años acariciando en secreto ese proyecto eterno de novela que nunca escribía, atrapada en una agónica búsqueda de la perfección, de esa primera frase contundente y poética, a la altura de los grandes nombres de la literatura universal y de mis alocadas expectativas. De ahora en adelante, no tendría una habitación propia. Subestimando mi capacidad para el autosabotaje, en un arranque de optimismo, me propuse entonces aprovechar los escasos meses que me quedaban de independencia y encerrarme los fines de semana frente al escritorio hasta derrotar al demonio de la página en blanco, alumbrando mi ópera prima mientras esperaba a mi primer hijo.